

DEL RÍO A LA ALAMEDA

(RECUERDOS DE POLI EL ZAPATERO)

Puri Gutiérrez

Tiene el barrio de Casas Nuevas como frontera el río Oyarzun. Una frontera muy fácil de saltar con la mirada para quien ha estado día tras día durante muchos años enderezando los andares de muchos renterianos y renterianas a base de reparar su calzado.

Zapatería Poli dice todavía el letrero por todos conocido. Al otro lado, la Alameda. Y muy cerca del kiosco, tras de los árboles, la estrecha y corta boca que se abre en abanico cobijando la Iglesia de la Asunción y el Ayuntamiento en una plaza plena de recuerdos.

Medio siglo renteriano ha ido pasando por este diario paisaje ante la sutil mirada de "Poli" el zapatero mientras usaba sus leznas y buriles. Sin más baja en todo este tiempo que la obligada en el año 1988 en que le operaron del corazón. Poli le llamamos, como a su padre que le enseñó el oficio, aunque su nombre sea José Luis Ruiz Royo. Porque igual que su padre, a quien comenzó a ayudar cuando apenas tenía doce años, su vida profesional discurrió colocando tacones y mediasuelas en esa zapatería que hoy he visto cerrada con el letrero de "Se traspasa" porque Poli se ha jubilado. Palabra que parece venir de júbilo y es lo que le deseo.

Igual que el fluir de ese río Oyarzun que ha sido su inseparable compañero, siempre igual en apariencia pero siempre con diferente agua, el acontecer renteriano ha ido dejando en la memoria de "Poli" recuerdos que afloran en una muy amistosa y una pizca de nostálgica charla.

En José Luis, además del orgullo de ser renteriano, se hace patente una especial complacencia cuando se refiere a su barrio de Casas Nuevas. Y más si cabe al que fue antaño. Un barrio eminentemente industrial. Me habla de la Papelera, de la Fábrica de Mantas, de la Alcoholera, de las dos galleteras: Olibet y Pakers, de aquellas cajas de *hojalata* conteniendo a las ricas María. Y me parece aún percibir aquel olor a dulce harina tostada que uno sentía camino de Lezo cuando con unos pocos céntimos nos mandaban de niños a por aquellas grandes bolsas de papel azulado llenas de galletas rotas recién horneadas.

La proximidad de la estación de Renfe pudo influir en esa fisonomía industrial de su barrio. Me va explicando el trajín de la Alcoholera, que enviaba diariamente por ferrocarril vagones enteros de levadura para hacer pan. Y me habla de los almacenes de Aceites y Vinos de Aréizaga que



disponían de tubería directa desde la estación a su almacén para la descarga de los vagones-cisterna.

Se enorgullece de que hasta Correos y Telégrafos estaban en su barrio. Y Teléfonos. El único teléfono público y uno de los pocos que había en Rentería por entonces, se hallaba en el bar Aurrerá de Margari, la hija del popular Makutxo, el que por tantos años llevó con animoso empaque la bandera de nuestro pueblo en las grandes ocasiones.

Y con infinita añoranza rememora aquella casita baja que había a la salida del barrio hacia Lezo, con un cercadito para el pequeño jardín en el que florecía un rosal de rosas pequeñas. Con el letrero de Fotos Figurski. Y enmarcados en su escaparate los más recién casados. Y los niños más gorditos. Y las chicas más guapas.

Memorias de la infancia. Cuando había dos alamedas. Dividida una de la otra por la carretera. Y el río tras las dos. Carretera y río mucho más estrechos que ahora. El primero vivo, con truchas, anguilas y hasta angulas. La segunda desierta de coches, con un renqueante tranvía primero, trolebuses después, autobuses por fin....

—*El río era precioso* —me dice—. Mucho más pequeño. Junto al puente de Santa Clara estaba solitaria la casa de Berrondo, que la tuvieron que tirar para hacer el encauzamiento. Y al final de la calle Santa Clara estaba la herrería donde venían los caseros con sus caballerías, y los chavales nos admirábamos cuando el herrero, colocando sobre su pierna la pata del animal rebajaba con una especie de formón las pezuñas y luego les colocaba la herradura a golpes de martillo sobre unos clavos que a mí me parecían demasiado largos pero que no parecían molestar a los borricos.

Un poco más arriba del puente, el río Oyarzun rozaba la huerta jardín de las *Monjas*, las Hijas de la Cruz, una de las escuelas de Rentería, solo para niñas; y un poco más abajo del puente, frente al colegio de los *Frailes* del Sagrado Corazón, solamente para chicos, estaba una de las alamedas, la Alameda Grande, donde los escolares salían al recreo, del que hacían sus escapadillas para atisbar por una especie de troneras que había en las altas tapias del colegio de las Monjas donde tenían su recreo las niñas, y para tirar por ellas papelitos a la chica que les gustaba.

Y al lado del colegio masculino, la Fábrica de Linos “proveedora de la Casa Real”, con su chimenea elevándose orgullosa, atisbando desde lo alto como haciendo guiños la de la Esmaltería, a la de la Alcoholaría y a otras como ella que salpicaban la Villa.

—El río, para los chavales del barrio era un deporte, un magnífico juego. Y hasta un motivo de diversión para hacer bromas a otras cuadrillas que venían a medirse con nosotros. Por debajo del puente del Panier pasaba una tubería gruesa. Y allí teníamos atada una sogu con cinco nudos separados el uno del otro que a los del barrio nos servían de referencia. Sabíamos que cogidos del quinto nudo podríamos balancearnos como tarzanes justo por encima de la superficie húmeda. Pero cuando otros venían a guerrear, nos hacíamos amigos y les invitábamos a compartir el divertido juego. Claro que les indicábamos de qué nudo debían agarrarse: del tercero. Y claro, todos terminaban con el agua a la cintura.

Por entonces el agua del Oyarzun era limpia. Cristalina —la llama José Luis—. La cocina del restaurante Panier daba al río. Desde la ventana arrojaban al agua las cabezas de las langostas que servían en los banquetes, y se podía ver como acudían las truchas a comérselas.

Camino del mar, el río renteriano, después de pasar el Hospitalillo que hasta no hace muchos años fue Asilo para enfermos crónicos y ancianos, hasta el barrio de

Ondartxo, todo lo que hoy es el barrio de Iztieta eran huertas. Recuerda José Luis que había una presa junto al Asilo, que retenía el agua de la pleamar posiblemente para evitar malos olores, pero una riada se la llevó. También destruyeron las riadas un colector que vertía en Pasajes, en el mar, el cual estuvo muchos años sin reparar.

Y surge el recuerdo de las riadas. Cuando las fuertes tormentas —cuyo peculiar y alarmante sonido en la noche nos parece aún reconocer en la memoria— arrasando las laderas del círculo de montes que rodea nuestra Villa volcaban su fuerza fluvial en el Oyarzun, volviéndole loco, sacándole de madre, precipitándole sobre los troncos de la fábrica Papelera; que arrastrados por el ímpetu irracional de una naturaleza desbordante, se convertían en proyectiles contra las puertas de casas y comercios; rompiéndolas y anegando todas las zonas bajas del pueblo.

Cada vez que se temía una inundación, unos vecinos avisaban a los otros, se movilizaban familias y vecindad para vaciar los bajos y las tiendas. También de la zapatería había que retirar zapatos y máquinas y todo aquello que no quisiera uno encontrar después inservible, cubierto de espeso barro.

Me muestra cerca del techo de su zapatería una muesca que indica hasta donde llegó en una de las ocasiones el agua. Además de la altura notable de José Luis, la señal le supera unas tres cuartas. Y me recuerda que en aquella terrible riada del año 1933, cuando todavía él no había nacido, en la Alameda se alcanzaron los 3,65 metros.

Por los años cuarenta y tantos, cuando José Luis comenzaba con su padre el aprendizaje del oficio, se decidió buscar una solución canalizando el río y desviando su curso, empresa que se puso en manos de la Compañía Hispanoafriicana, cuyo ingeniero jefe era el señor Areitio.

Para realizar el dragado del río trajeron una máquina alemana, pionera de las actuales excavadoras, que llamaba mucho la atención congregando por ello junto a las márgenes del río multitud de curiosos todos los días para verla trabajar. Dice que la llamaban *el Calamarro* porque era una especie de cubo con zarpas, movida por cables desde la otra orilla, la cual era levantada también por medio de cables y vaciada sobre el camión, el cual iba luego a descargar formando un relleno en las huertas de Iztieta.

Como el puente de Panier era muy pequeño lo tiraron y comenzaron la construcción de uno más ancho. *Me daba la impresión* —cuenta nuestro amigo— *de que lo estaban dejando muy bajo. De toda la vida tenía en mi mente la silueta del puente anterior y aquello me inquietaba, hasta tal punto que me atreví a abordar al señor Areitio el ingeniero: “Oiga. ¿No queda muy bajo el puente?”*

Sorprendido por mi atrevimiento me preguntó: “Chaval, ¿cuál es tu oficio?”. “Zapatero” —le dije. “Zapatero a tus zapatos” me contestó él.

Pero a la primera de las acometidas del río Oyarzun el agua empezó a pasar por encima del puente. Y entonces vi realizar un trabajo bien curioso. Cortaron el puente por los dos lados y lo levantaron con gatos hidráulicos, completando el desnivel hasta la carretera del modo que

hoy se puede apreciar, con esa corta pero pronunciada cuesta. Luego, el ingeniero, me dio la enhorabuena.

Aquellas obras cambiaron totalmente la perspectiva de nuestras alamedas. La Alameda grande, con sus enormes castaños silvestres, desapareció en favor de una ampliación de la Papelera Española. Y a los pocos años, cuando el baile dominguero en lo que quedó de Alameda se hizo tan popular en Rentería, cuando trenes y autobuses venían a rebosar de jóvenes residentes en pueblos desde Irún hasta Tolosa, hubo que habilitar lo que se conoce por Alameda pequeña y aún no había sitio para la juventud y se bailaba hasta en la carretera, por la que por supuesto no pasaban tantos coches como hoy.

Al lado mismo de la zapatería, también mirándose en el río Oyarzun, se hallaba el restaurante de fama internacional Panier Fleuri, hoy derruido como muchos de los sueños que formaron parte de un época que hoy nos parece

dejaba de ayudar a mi padre necesitaba coger otro chico. Así me lo dijo y no hubo elección.

Hasta durante la mili, que la hice en Loyola, continué ejerciendo mi profesión. Pasaba lista y escondiéndome cada día, por las vías del Topo... a casa, a trabajar. Dos veces me pescaron. La primera me castigaron con ocho días de calabozo, y la segunda con quince, por reincidente. Mi madre me mandaba bocadillos con Antonio Labaca, buen amigo. En uno de ellos mi madre metió un papel recordándome un refrán: "El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra". Pero, ¿qué podía hacer yo si mi trabajo era necesario y ella misma lo sabía?

No perdió el tiempo José Luis mientras estuvo en el calabozo. Se preparó una Campaña Nacional de Aprendices, trabajó para la J.O.C. (Juventud Obrera Católica) como responsable que era de los grupos más jóvenes de la organización.

Fue la J.O.C. por aquel tiempo aglutinadora de inquietudes juveniles, reivindicadora de la dignidad y los derechos de los trabajadores, y una auténtica Universidad Obrera. Recuerda Poli aquel método claro y preciso del "Ver, Juzgar y Actuar", que nos enseñaba a pensar, a ver las cuestiones —sobre todo los problemas que entonces como ahora eran muchos— por todos y cada uno de sus ángulos; a reflexionar sobre todas las posibilidades que se abrían ante ellos; y a no quedarse con los brazos cruzados.

Para muchos renterianos que como José Luis Ruiz no habían podido estudiar, fue la J.O.C. una verdadera "Universidad de la Vida". Recuerda Poli entre los veteranos a Iñaki Zapirain, Antonio Amiano y Juanito Rioseco. Y también que fue Rentería una auténtica cantera de dirigentes nacionales como José María Landache, Elvira Castelruiz y José Manuel Susperregui, de la que salieron incluso dos presidentes internacionales: Eugenio Royo y José Antonio Alzola. Yo misma, que no tuve responsabilidades dirigentes organizativas, estuve varios años en Madrid, en la Comisión Nacional, dirigiendo el único periódico obrero femenino de que tengo noticia, que se titulaba *Juventud y Trabajo*.

No pudo Poli ir a Madrid, pero desde nuestro txoko se ocupaba de los aprendices a nivel nacional, como hemos visto, preparando incluso desde el calabozo militar sus campañas. En esa ocasión, el resultado de las encuestas le movieron a escribir un artículo en el Boletín Diocesano *Símbolo* denunciando que los aprendices no recibían ningún tipo de orientación sexual, ni de los padres, ni de los maestros, ni de los curas, sino de manera inconveniente en la empresa, cuando empezaban a trabajar.

Aunque por entonces existía la censura en todas las publicaciones, el censor lo dejó pasar, pero el obispo preguntó quién lo había escrito, y se dijo que el párroco de Rentería don Roberto Aguirre había fruncido el ceño. Pero la dirección del Boletín Nacional de la JOC solicitó de José Luis un trabajo sobre el mismo tema, y por si las moscas Poli consultó con don Roberto. *Tú mándalo* —le dijo éste— *pero yo no sé nada.*

De aquellos temores, de aquellas reservas, hemos llegado en la actualidad a pasarnos de rosca. ¡Qué difícil resulta siempre conservar el equilibrio!



Fotografía Iñaki Ruiz

maravillosa porque fue la de nuestra más florida juventud. Frecuentaban el Panier los más famosos personajes del momento, incluídos los extranjeros que veraneaban en San Sebastián.

— *He visto a más de un ministro* —recuerda—, *con todo su acompañamiento de señores y señoras pasar después del banquete enfrente del restaurante, donde el señor Capo tenía una perfumería fina de producción propia a la que venían de Madrid, de Zaragoza, de Cataluña... Recuerdo al señor Capo. Fumando en pipa. Una mezcla de gran señor y de tipo popular. Muy agradable, amistoso. Contador de historias. Asequible para los niños. Porque él tenía cinco o seis hijos. Con un algo de inventores, como el padre. Familia numerosa, casi como la de los Obeso de quienes eran muy amigos. Numerosa como muchas por entonces en Rentería, lo que obligaba a los padres a trabajar duro.*

Yo mismo, ayudando desde niño a mi padre. Cuando el director de los Frailles donde yo estudiaba le advirtió de que valía para estudiar una carrera se planteó el problema. Yo tenía tres hermanas, era el único chico y si yo

De aquel tiempo de la Juventud Obrera Católica dice José Luis que le quedó arraigado el sentido de la Justicia. Que intentó llevar a la práctica cuando fue concejal del Ayuntamiento. Sonríe al recordar la peripecia que le llevó a él y a otro compañero a lograr la concejalía.

Habiendo salido concejales por el tercio sindical, ambos necesitaban el refrendo de un empresario de la industria del papel, sino querían ser barridos por otros dos candidatos que presentaba la "Papelera Española". Y cuando quisieron lograr la firma de los más importantes librerías hallaron reticencias debido a la gran influencia que ésta tenía en los sectores de mayor rango social. Pero hete aquí que nuestros amigos conocían a Marqués, que tenía un kiosco de chucherías, pero además alquilaba novelas viejas, y basados en esta relación con la industria del papel y en que nadie se había acordado de él para su propaganda electoral, no encontraron ninguna dificultad en conseguir su firma, y cuando la gente del pueblo les votó, Marqués estaba encantado y solía decir: "Aquí está el hombre que tumbó a la Papelera Española".

De aquellos tiempos recuerda algunos logros, como el de la progresiva renovación del alumbrado que al principio iluminaba el pueblo con unos cables tendidos de un lado al otro de las calles con una bombilla en el medio. O las veces que hacían de pedigueños, cuando Sáez construía el barrio de Galzaraborda y ellos veían que todo un barrio necesitaba servicios y para ello iban consiguiendo diversos locales.

Una necesidad primordial para todo el pueblo renteriano era un Instituto de Enseñanza Media, y cuando se inician las gestiones con el Ministerio de Educación éste les exige una parcela de diez mil metros cuadrados y de superficie lisa que entonces valía veinte millones de pesetas. Vuelven a asomarse por el despacho del constructor de Galtzaraborda para convencerle de que si él estaba obteniendo unas ganancias debería compartirlas con el pueblo de Rentería, y a cambio de cederle en la superficie restante a construir el volumen de edificabilidad que perdía, consiguieron gratis el terreno donde hoy se encuentra el Instituto.

Por aquel tiempo se inició la edición del Boletín Informativo Oarso del Ayuntamiento, para lograr mayor transparencia y más participación. Y se creó la Comisión de Información y Barrios, dirigida a fomentar las Asociaciones de Vecinos en la que todos los miércoles recibían a todo el que quisiera cualquier tipo de información. Experiencia pionera que despertó interés incluso en ayuntamientos vecinos.

Elogia a otros compañeros de corporación, como Carlos Arizcuren que llevaba a los chavales de las escuelas al Ayuntamiento para que lo conocieran y se sintieran partícipes, del mismo modo que ahora el Gobierno Vasco fomenta que desde pequeños asistan a los plenos.

Recuerda a Víctor Idiazábal que tanto luchó por la fundación de la ikastola. Así como a Iñasio Albisu, Eugenio Royo y Agustín Aguirre promotores de Fomento Cultural, que nació a través de Alcohólicos Anónimos. Gran admirador de *Iñasito* me comenta que ha leído un libro de éste lleno de estupendas anécdotas, extrañándose de no verlo publicado.

Pero sus más entusiastas elogios son para Luis Busselo que, entre las muchas cosas que hizo para nuestro pueblo, removió Roma con Santiago para conseguir el ambulatorio de Iztieta.

Creo —nos dice— que no hemos elevado la figura de Luis Busselo Beteta hasta la altura que le correspondía. Fue un gran artista, con sus dibujos y pinturas. Un gran renteriano: presidente de Los Luises, fundador del Cine Club, haciendo un tándem fenomenal con Felipe Gurruchaga, director del Cuadro Artístico de Teatro... (Comentario que me lleva a recordar aquellos festivales del On-Bide actuando en "Las cosas de Gómez" o en "Cuatro corazones con freno y marcha atrás" donde mayor ocasión tuve de tratarle). Pero sobre todo —prosigue diciendo— era admirable por su entereza y fuerza de voluntad que demostraba hasta el extremo al vivir en las Agustinas y tener que subir y bajar con sus muletas por la empinada calle de Arriba.

De aquellos tiempos de *Los Luises* recuerda con emoción que sobre los años cincuenta, cuando la más mínima manifestación referida a la cultura popular vasca resultaba sospechosa, unos sesenta u ochenta jóvenes que habían ensayado villancicos con Javier Olascoaga, vestidos de *casheros* se estaban preparando para salir a cantar con el Olentzero, cuando llegó una orden del Gobierno Civil prohibiéndolo.

Entonces se les ocurrió dividirse en grupos de cinco o seis e ir por los bares con una misión: que cantase todo el mundo.

—Fue grandioso— concluye. Todo Rentería cantaba. Los hombres mayores cantando... y llorando.

Si *recordar es volver a vivir* como dice la canción, charlando con Poli he vivido una tarde estupenda. Que disfrute el lector de *Oarso* con estos recuerdos es su deseo y el mío.